

# Un triste espectáculo

## Nino Gavazzo agradecido a los jóvenes senadores

Lo ocurrido en el Senado es lamentable. Mejor dicho, es triste.

El Ministro del Interior se niega, en la práctica, o resiste vivamente, a investigar los atentados y amenazas actuales y los pasados crímenes de los agentes de la dictadura, algunos de ellos descubiertos en sus próximos servicios.

Se dedica a cubrir su inoperancia con chistes malos, pero de zorruna intención política. Como anticipándose a una interpelación, el Ministro apareció de súbito en el Senado. Allí repitió su juego. Mientras Nino Gavazzo y Cía. andan sueltos en desacato insolente al juez, y de los "desaparecidos" ni se habla, el Ministro se empeña en pasar la esponja sobre las denuncias de Araújo, que con pruebas irrefutables acusó a Márquez y sus cómplices, a los tortura-

dores como Gavazzo y socios, a los secuestradores de María Elena Quinteros, y otros. A ese mismo Araújo que fue factor del retorno del niño Amaral, cuyos padres, asesinados, aparecieron en Soca bajo la dictadura.

Pero mientras el Ministro se sirve impávido de un gracejo que lo lleva a emular con el personaje que hace chistes verdes en los velorios, se monta una campaña contra el senador que acusa —con pruebas irrefutables— en nombre de la conciencia democrática del Uruguay.

Torturadores, secuestradores de niños, responsables de desapariciones y cómplices necesitan que la gente no oiga a Araújo, que las bocas sigan selladas, que se olviden de la picana, la colgada, el caballete, los golpes, etc. y que los responsables puedan prepararse para otra.

Cuando el Ministro se

presentó en el Senado se podía esperar (mejor dicho, qué bueno y lindo hubiera sido) que los senadores blancos, colorados y frenteamplistas coincidieran reclamando justicia para los torturadores y la defensa de la democracia recién reconquistada con sangre y sacrificio.

Desgraciadamente no fue así. Alguna gente allí trató de desviar la discusión y amparar al Ministro. Desgraciadamente, dos jóvenes senadores —quizá los más jóvenes y para muchos promisoros— provocaron a Araújo, ayudaron a torcer la discusión hacia el escándalo y facilitaron que el Dr. Tarigo —muy pasivo como presidente— levantara la sesión.

Los torturadores de parabienes; el denunciante Araújo, que acusó en nombre de todos, de la patria misma, insultado y provocado. Para los dos jóvenes senadores —uno blanco,

otro colorado, para esto una sola divisa— el enemigo no era Gavazzo y Cía., Araújo que se atreve a hablar de lo que otros callan. Políticamente responsable fue para ellos el Ministro, sino el senador que traicionó al niño Amaral, acusó a Márquez y socios y llevó los tribunales a Gavazzo y otros protagonistas de infiernos.

Araújo recibe todos los días declaraciones de más diversos campos solidarios con su valerosa actitud. De este episodio y de otra vez enaltecido cuanto a los jóvenes senadores —los coautoproclamados renovadores de la política— cabe sólo lamentar la tristeza que naufraguen en tan poca agua.

Lástima por ellos. grima ver gente joven inteligente en tan penosos empeños.

Batlle López Cor